

Entrevista con el autor Gustavo Riffo C., autor de *Inquisición y libertad*

El fuego

El poder transformador de las ideas, de las ideas interesantes, es el poder transformador de la razón, de su extensión léxica: el *raciocinio*.

El hombre (y la mujer) es el ser racional por antonomasia, a pesar de que lo pongan en duda Fat Man, My Lai y Ceausescu.

En el ensayo *Inquisición y libertad*, el biólogo Gustavo Riffo C. (Santiago de Chile, 1960), da cuenta de la «evolución metafísica humana».

A este humanista le influenció el ecologismo de Jacques-Yves Cousteau (*The silent world*), la filosofía oriental del Tao y el *new age*.

Todo ocurrió en una oscura noche de carbón.

La noche le dio al novelista Edgar Allan Poe (*La máscara de la Muerte Roja*) un poema corvino de cortas alas: «Una vez, al filo de una lúgubre media noche, mientras débil y cansado, en tristes reflexiones embebido...».

La noche le dio a Mahoma una revelación, recluido en la cueva de Hira.

La noche supuso para el compositor Händel la resurrección, el *Mesías*.

«Creo recordar que por la noche el pájaro blanco echó a volar», canta Jesús de la Rosa en Triana (*El lago*).

Todo ocurrió en una oscura noche de carbón.

«Desperté de forma súbita a medianoche en un estado de gran alerta, como si algo hubiese cambiado de manera imprevista. Percibí el espacio a mi alrededor y todo estaba silencioso y tranquilo, cuando entonces descubrí que el cambio se había producido dentro de mí», deja constancia Gustavo en el capítulo «El origen».

Años después de esta confesión, más relajado, retomaría ese momento trascendental: «No dormí en casi toda la noche. Me levanté. Me senté. Cerré los ojos. Veía las ideas ante mí dando vueltas en un torrente de energía mental. Las visualizaba. Quizá era un estadio de conciencia involucionada, pero inteligente».

En esa noche, algo se posó, reposó y aminoró: «Recuerdo que estaba en un estado de ansiedad, de exaltación. No era nada malo. Era sorpresa, no alegría. Supongo que respondía a la búsqueda interior. Y aquella noche, todo cristalizó».

A la mañana siguiente, Gustavo se puso a escribir como un loco que le quitara el seguro a una granada, conteniendo la respiración. No paró de escribir hasta pasados cinco años. Aquí sus apuntes ordenados, «la estructura básica de lo que parece ser un ensayo». Va de la barbarie a lo excelso, de lo execrable a lo maravilloso, de atrás adelante:

«Mi tesis es que existen tres variedades evolutivas, tres fuerzas transformadoras: 1.

Animal, correspondiente al “animal racional”, el ser humano primitivo, reactivo, tribal;

2. Racional, correspondiente al “hombre común”, el hombre civilizado, y 3. Espiritual,

correspondiente al “hombre espiritualmente despierto”, los místicos, los más iluminados, los que tienen luz».

De estas notas se desprende que el hombre puede generar cambios de conciencia y pasar de ser un mafioso como John Gotti o un dictador como Mussolini a ser un discípulo de Buda. De esta manera, este mafioso reconvertido alcanzaría el núcleo de «vida y conciencia interior», que tiene tres atributos: voluntad (dar lo mejor de uno mismo), amor (sacrificio por el prójimo) e inteligencia pura (intuitiva, tipo Einstein).

Venimos del mono, somos polvo y aire y materia, y vamos, vamos, vamos...

«Cuando hay un despertar espiritual, accedes a la potencia creadora, vamos a la luz», pontifica Eduardo. Así, si has sufrido abusos, los superarás; si has sufrido menosprecio, te liberarás de él; si te has caído, te levantarás.

Todo comenzó en una noche de lluvia fina.

Una noche de hace muchas noches.

«El hombre descubrió el fuego, el crepitar de los leños, y a partir de ahí todo fue diferente.»

Se hizo la luz.

Jesús Martínez